



NUESTRA SAGRADA FAMILIA HUMANA

Por Ada Albrecht

Nuestra familia es una sola: la Humanidad. En ella, tenemos padres, madres, hijos, maestros, criaturas de quienes aprender el arte de vivir, criaturas que nos acompañan todos los días de nuestra vida. También tenemos discípulos a quienes enseñar, hermanos de comportamiento negativo, a los que debemos ayudar para que vean la luz y retomen así el camino de la bondad.

Muchos de esos hermanos nuestros tienen ambiciones ilimitadas en el mundo de la materia, y a veces actúan con violencia para salvar lo que consideran sus “tesoros”. Tenemos hermanos emperadores, hermanos reyes, hermanos presidentes, hermanos mendigos, hermanos acaudalados, hermanos pobres, hermanos criminales, hermanos ladrones y también hermanos santos, hermanos poetas, hermanos científicos, hermanos músicos...

¡Qué familia la nuestra! Ese maravilloso tejido de estrellas y de sombras, ese inmenso conjunto de almas, viviendo algunas en la cumbre de las montañas espirituales, y existiendo otras en el abismo del error, son hermanos a los que debemos amar para aprender de unos y guiar a otros.

Cuando nos enfermamos, ¿quién es el médico que nos cura en el hospital? ¿Quién es la enfermera que nos alcanza los medicamentos o un vaso de agua? Cuando necesitamos ropas, zapatos, ¿quién es el vendedor que nos ayuda a hallar lo que buscamos, y hasta, arrodillado, nos prueba el calzado que precisamos? Son nuestra familia, nuestros parientes. De niños vamos a la escuela y un maestro mal pagado nos obsequia la mayor de las joyas como regalo que nos acompañará durante toda la vida: nos enseña el arte de la escritura, nos enseña matemáticas, etc.

Ya mayores vamos a los colegios nacionales, y luego a las universidades. Una caravana de almas generosas, los profesores, nos llenan de sabiduría. Si no es ese el camino que tomamos, y sí, el de ser obreros o comerciantes o artesanos, siempre conseguiremos un maestro que nos otorgue la riqueza del conocimiento que buscamos. Será algún hermano nuestro, seguramente, el que guíe nuestros pasos por la vida.

Cuando desconocemos esa familia de innumerables rostros es porque dejamos que el ego personal se salga con la suya y

nos atrinchere en una micro-célula, no permitiéndonos respirar el bendito aire de la fraternidad universal. Si el cuerpo tiene sus hijos, probablemente ellos no estén junto a nosotros, en nuestro dolor, pero sí un enfermero, o un amigo que apretará nuestra mano para transmitirnos el afecto que necesitamos en ese momento, y también, tal vez, un sacerdote que vemos por primera vez.

Todos nosotros tenemos un solo ADN verdadero, y este es el de Nuestro Padre Dios. Esa es nuestra única genética, y todas las demás derivan de ella. Hemos de tener conciencia y despertar amor por nuestra macro-familia. Sí, ¡qué familia magistral la nuestra! ¡Qué hermanos gigantescos! En nuestro árbol genealógico —el único Real— nuestro hermano Beethoven nos arrulla con su Novena Sinfonía, y nuestro hermano Rabindranath Tagore con sus poemas. En verdad somos seres de suerte infinita, porque tenemos de quién aprender y recibir, y por ello, tenemos también, la obligación moral de dar y construir a nuestros hermanos más pobres y menos afortunados, porque del amor nace aquello de “deseos del bienestar del mundo”.

A veces, los aspirantes espirituales preguntan “¿qué puedo hacer, hacia dónde dirigiré mis pasos, qué camino tomar?” La respuesta exacta sería “pregúntale a tu Padre Inegoísmo, y a tu Madre Compasión; luego toma el camino que desees, que será

el acertado”. Hay mucho por construir, escuelas de espiritualidad a levantar, hospitales para curar cuerpos, templos para curar almas, casas para albergar a los indigentes... ¡Dioses, tanto es lo que podemos hacer y no nos damos cuenta!

Se dice que el intelecto es sólo ignorancia, y se dice que es el corazón el único sabio en este mundo; pues, entonces, seamos sensatos y sigamos las indicaciones que nos da el divino corazón, el corazón de la generosidad inconmensurable, ese corazón que no sabe de “yo soy” y “yo tengo”, sino que dice “yo estoy en todos y todos están en mí”, y exclama “lo que tengo es de todos, y apenas utilizo lo necesario para mí”. Sombra de ese luminoso y divino corazón, es el corazón del ego: sombra y egoísmo. No perdamos tiempo escuchando sus latidos, que son como dos palillos de tambor marcándonos el paso para que deambulemos por el sendero aterrador de las ambiciones egoístas.

¡Florezcamos! ¡Seamos primaveras dando a luz capullos de santos Ideales! Tomemos consciencia de nuestra gran Familia Humanidad, y olvidados de nosotros, trabajemos para ella, anhelosos de dignificarla del mejor modo que podamos. En la fuente de nuestro trabajo bien hecho, nace la rara planta de la alegría. ¿Acaso no deseamos tener esa planta en el jardín de nuestro hogar interior, no queremos que sus flores perfumen nuestras almas?

Nos dice Krishna, el Señor:

“Si Yo no estuviera en constante acción todos los hombres seguirían Mi camino”.

Seamos sobre la tierra, trabajando, jardineros del Cielo. Que Dios, Nuestro Señor, a través de nuestras manos, pueda sembrar, en los surcos de esta bendita Tierra, las semillas divinas del Ser, la Conciencia y la Bienaventuranza, por Amor a nuestra Gran Familia: la Humanidad.

Del libro Guía para la Vida Divina, Ed. Hastinapura
